

1989

Al margen

Griselda Ramos-Perea

Citas recomendadas

Ramos-Perea, Griselda (Primavera 1989) "Al margen," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 27.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/27>

GRISelda RAMOS-PEREA

Al margen

—Podría usted ponerse un poco más de ropa.

—No, ya no.

—Usted sabe que eso no la ayuda.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y por qué lo hace?

—Porque me tocó el papel de loca, de clarividente, de consciencia, usted sabe, éstos de los que se escribe con nostalgia pero que hay que encerrar a medida que aparecen.

—¿Por qué no se dá por vencida?

—Porque el saber, profundamente saber, mi querida normalizadora, no es optativo. Una vez has visto, ya es tarde para obviar.

—Bueno, pues, comencemos. ¿Qué pasó entonces al otro día?

—Pues como siempre desde aquel día no pude dormir bien. Sobre todo me daba vueltas el recelo con que me miraban... Quería que

De algún polyester debió haber sido. Lo redondeaba lindo Ana. Desabotonado e inseguro. Un traje blanco de fiesta con volantes grandes para la oficina de cupones. Qué hacer... verse bien para que te vean digna o verte mal para que te dén... Me imagino... Pero qué iba a pensar si se le veían las ganas de verse bonita con todo y sus chancas de goma choking pink.

— Venir aquí es morir... — dijo

—, venir aquí es morir...—.

No era como los otros definitivamente. Algunos tan cómodos, como si eso fuera de verdad la vida. Venir y reclamar... Que reclamen, si ésta nos la debe el imperio rico. Pero eran las once y media ya.

de cualquier modo me recibieran como si yo fuera parte de ellos. Sólo porque yo quería.

—Pero ellos te desconfiaban...

—Sí, ya aprendieron lo que son los intrusos.

—¿Y tú, te sentías como intrusa?

—Eso sí duele... No quería. Yo sabía que era lo que pudieron haber sido mis antecesores, aunque no lo parecieran... Yo sabía que eran

las víctimas de mis antecesores, que había sido la infamia más grande. Pero no era suficiente saber... También sentía, sentía que eran míos y que eran mejores que yo... Sentía admiración, envidia, ganas de compartir sus secretos y su dignidad... Pero no era suficiente.

—Suena muy bien lo que dices.

—Eso creía yo, pero no era suficiente...

—Al fin, ¿fuiste otra vez? ¿Te recibieron?

—Cuando me asomé por la hendidura vi la pared de ojos. Me estaban esperando pero no porque quisieran que llegara. Es que ellos saben... Detrás de los ojos tienen otros más tristes, porque lo ven todo aunque no quieran...

—Y esta vez, ¿te dejaron mover la piedra?

—No se movían..., hasta que me vieron llorar. Entonces como automáticamente salieron los dedos por entre las rocas y abrieron un espacio por donde podía entrar agachada...

—Entonces las lágrimas los conmueven.

Morirse... Morirse...

Y la viejita de negro..., ¿cómo barajearle los gestos...? Por un lado quejándose: *Avimarfa yo llevo aquí desde las seis... Desde las seis estoy yo aquí y no mi han llamao...*, con aquella rabia de derecho tan divina, hasta que la llamaron. Y se hizo toda manos para arreglarse, y toda etiqueta humilde para presentarse, como si no le fueran a dar si la oyeran quejándose. Con razón, si tenía el pelo pintado de rubio la oficial, y tenía los chavos...

(Confusión)

—¡¿Puertorrican?!, but you don't look Puertorrican. You don't sound Puertorrican...(¿?)

(Cara de asco)

—You are marrying a Puertorrican!

(Desprecio)

—Oh..., Puertorrican... Pero la mejor fue la del "American Cafe" de Georgetown, porque por poco nos invitaban los dos gringuitos a comer. No nos quitaban los ojos de encima y seguro que planeaban la noche... Eran tan obvios que comentábamos de ellos, pero en francés. Por supuesto eso era lo que los alentaba:

ATAQUE RUBIO

—Hi, are you girls French?

RECONOCIMIENTO

—Usted también se dio cuenta...

—Y qué te parecieron cuando los viste?

—Angeles, o bestias, depende de qué parte de mí los miraba... Por un lado me daba lástima su carencia de todo lo que el tiempo había traído, y por otro lado me daba vergüenza la mía...

—No entiendo.

—Claro que no. Usted es siquiatra. Ellos estaban perdidos en el tiempo, escondidos al espacio...

Ni siquiera cobraban la entrada...

—Me alegra que te sonrías un poco. Le empiezas a ver el lado alegre a esto.

—Jm. Después de varias horas de escrutinio mutuo, y descubrir que hablan quedado bilingües a causa de unos frailes renegados, comenzamos a relajarnos, aunque no creo que a confiarnos. Los niños y los hombres volvieron a jugar como si fuera parte de su trabajo, y una señora, con un ojo en los míos y otro en una moladora enorme de maíz, comenzó a hablarme entre recelosa y cortés.

—¿De qué hablaron?

—De todo. Pero eso sólo me sirve a mí.

—No es cierto. A la historia ha de interesarle una cueva de Tarnos puros... ¿De qué te ríes?

—De usted, y de la historia. Los dos acomodan el mundo a la normalidad de moda, y después le cobran... Apuesto a que escribe hoy que tengo que estar bajo su cuidado de por vida.

—¿Y tú no lo crees?

—No, she's French, I'm Puertorrican.

CAMBIO DE PLANES: RETIRADA

—Oh, sorry...

Y tuvimos que pagar refrescos, ensalada y café. Y salir despreciadas pero no mal acompañadas...

—Es que yo no sé leer...—, y yo diciéndole que un libro era mejor que ver novelas donde siempre pasaba lo mismo; se peleaban, se contentaban, se buscaban uno, se buscaban otro... Tenía una sortija igual a la mía, pero sin sironia ni brillante. Pero como que no le molestaba. A Ana lo que le molestaba era estar allí. No era como los otros. Ella hubiese abierto la fábrica otra vez ella sola.

La mujer flaca del anuncio de NESTLE como que vuela en aquella peña. Parece como si le llegara el aire del abanico, o si el abanico le llevara los hilitos blancos de las babas que le salen a los hipnotizados de turno frente al televisor... Como la máquina de algodón de las fiestas patronales, formando con las babas alas dulces, angelicales, sabrosas... Darían cualquier cosa por ser como ella, o "tener" una como ella. Hasta el cheque de cupones completo. O por lo menos comprarse una caja completa de NESTLE, y hartársela. De maldá.

—No, pero ¿tengo alternativa?

—¿Qué dirían tus amigos?

—Que ya no quieren ser amigos.

Que la historia no entiende.

Que ellos salieron con frutas y pescado para explicarle a los conquistadores del tiempo que no había espacio, y a su sabiduría le llamaron humildad.

Y los condenaron a ella.

—¡Los hicieron cristianos!

—A éstos también los condenaron...

Hasta que se dieron cuenta.

Entonces dejaron de serlo y usaron el mismo cuento para condenar a otros. Pero esto no es teología... El caso es que a mí no me quieren tampoco.

—¿No dijiste que eran tan sabios?

—Como quisiera usted. Conocen la sicosis y la avaricia... y han aprendido tanto...

—¿Como qué?

—¿No le dije? ¡Avara! Saben que no nos queda tiempo ni espacio, que lo entregamos todo a cuento de la humildad.

Que estamos condenados a seguir ofreciendo lo mejorcito que tenemos, verde, azul, por un poquito de aprobación, humillación, y algo más de humildad...

—Pero eso no es sicosis, ni avaricia.

—Porque ésa es de los que saben, como Ud. y como yo.

—¿Y ellos?

—Ellos cerraron la cueva con la piedra cuando yo salí. No me despidieron. En realidad no fueron nada simpáticos conmigo. Se cerraron al tiempo

Llamaron a Ana y desplegó su traje de polyester blanco de fiesta con volantes grandes, desabotonado e inseguro, que redondeaba tan lindo, y sus chanclas de goma choking pink. Pero nadie se viró para mirarla... Quién la iba a mirar con aquella norteamericana flaca batiendo sus alas de azúcar de comercial de novela...

Que empezó y ya no quedaba nada ni de ella ni de Ana. Que me imagino que no tendría problema. Con tres muchachos le darían un chequecito mensual como de ciento cincuenta por lo menos. Para comer, para vivir, para morirse...

en su espacio secreto. Y yo en
los míos.

—¿Y ahora, qué hacemos?

—¿No lo dijo usted? Esto mismo;
de por vida.